



“LA GRAN CRISIS ACTUAL Y EL DESEMPLEO ESTRUCTURAL EN CHILE.

Claudio Lara Cortés

Esta investigación fue desarrollada en el marco del convenio entre la Escuela Latinoamericana de Estudios de Postgrado y Políticas Públicas, ELAP de la Universidad de Artes y Ciencias Sociales, ARCIS y La Fundación Instituto de Estudios Laborales, FIEL.

INDICE

“LA GRAN CRISIS ACTUAL Y EL DESEMPLEO ESTRUCTURAL EN CHILE.	1
INDICE.....	3
Introducción	4
Modelo neoliberal y desempleo estructural	5
Buscando las causas del desempleo masivo	8
El shock del desempleo en la crisis actual.....	14
Conclusión	20
Bibliografía.....	23

LA GRAN CRISIS ACTUAL Y EL DESEMPLEO ESTRUCTURAL EN CHILE

Introducción

Al cumplirse dos años de la explosión de la 'crisis subprime', un primer balance revela las millonarias pérdidas, tanto bursátiles como en crecimiento y puestos de trabajo en todo el mundo. Con respecto a lo primero, aunque los principales índices bursátiles del mundo han repuntado en el primer semestre de este año, las plazas han perdido 22 billones (millón de millones) de dólares en estos dos años, es decir, 41% de su valor en comparación con julio de 2007. Esto es casi el equivalente a la suma del Producto Interno Bruto (PIB) de la eurozona. Adicionalmente, desde mediados de 2007 hasta ahora, las pérdidas crediticias a nivel mundial alcanzan a 1,5 billón de dólares, de las cuales, casi un billón provienen de la banca estadounidense y 461,6 mil millones de dólares de instituciones financieras europeas.

Desde que estalló la crisis financiera, la economía de las mayores potencias del orbe ha estado marcada por la palabra 'Gran Recesión'. El PIB de Estados Unidos, la mayor economía del mundo, y de las economías de la eurozona se contrajeron significativamente. De las economías desarrolladas, Japón es el caso más crítico, ya que se contrajo 14,2% el primer trimestre. Si bien China es el único que mantiene un ritmo de crecimiento en niveles cercanos al 8%, se enfrenta al desafío de crecer sobre esta tasa.

La contracción económica también ha provocado pérdidas de puestos de trabajo históricas, elevando las tasas de desempleo a niveles récord en algunos países. Estos son los casos, por ejemplo, de España (18,7% el primer trimestre) y de Irlanda (casi 12%). En Estados Unidos, donde el presidente Barack Obama asumió su cargo con el desafío de crear o salvar entre 3,5 millones y cuatro millones de puestos de trabajo, el desempleo alcanza el 9,5%, más del doble de lo registrado en julio de 2007.

Según la Organización Internacional del Trabajo este año la tasa de desempleo a nivel mundial podría alcanzar 7,1%, luego de registrar 5,7% en 2007. Sólo en los países de la OCDE, la pérdida de empleos sería de 30 millones de personas entre 2007 a 2010, y a nivel mundial, llegaría a 51 millones desde que comenzó la crisis en 2007 hasta fines de este año.

Por su parte, los países en desarrollo y China parecían escapar a la recesión mundial, pues decían que se iban a 'desacoplar' del mundo desarrollado. Eso no se cumplió, el tiempo terminó por llevar incluso a China a la baja, y a partir de octubre del año pasado los mercados accionarios y monedas de países del mundo en desarrollo terminaron depreciándose aún más que las de las potencias económicas.

Chile no podía ser menos, la idea del 'desacople' de la economía, se describía en términos de estar 'blindada y protegida' de la crisis que se expandía por el mundo. Pero este discurso optimista comenzó a cambiar porque el crecimiento y la inversión se frenaban, las exportaciones caían, las tasas de desempleo llegaban a los dos dígitos y otras cifras daban muestra de que nuestra economía entraba rápidamente en recesión. No podía ser de otra manera, dada la creciente exposición y dependencia del modelo económico chileno con respecto a la economía global.

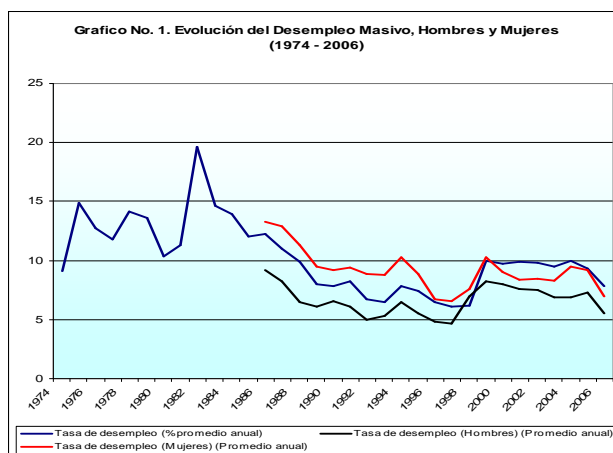
De todos los problemas que se han manifestado durante esta recesión, la falta de empleo se ha convertido en el más urgente y preocupante para la gran mayoría de la población del país. El reciente aumento en la tasa de desocupación reportado por el Instituto Nacional de Estadísticas (INE) para el segundo trimestre de 2009 no sólo ha significado superar la barrera de los dos dígitos, sino que aporta evidencias adicionales de que la raíz del problema no responde sólo a factores coyunturales provocados por la actual crisis, sino también a elementos estructurales que incluyen el propio accionar del Estado y que han transformado el prolongado desempleo masivo en el mal endémico del modelo neoliberal chileno, incluso tras la crisis asiática.

Sin embargo, es evidente que el desempleo masivo no es sólo un problema económico dada sus importantes repercusiones sociales y psicológicas. Más allá del discurso del fin del trabajo, el empleo asalariado en el capitalismo neoliberal constituye cada vez más, para gran parte de la población nacional y mundial, la única vía generalmente disponible para acceder a las mercancías que les permite (sobre)vivir; pero al mismo tiempo una parte apreciable de ella resulta sobrante en este sistema. El efecto devastador del desempleo de masas se ha visto amplificado enormemente por la gran crisis en curso, planteando la necesidad de realizar cambios sustanciales en el llamado 'mercado laboral'.

Modelo neoliberal y desempleo estructural

El desempleo masivo generado por el 'mercado de trabajo' es un fenómeno que ha estado presente durante los últimos 35 años, convirtiéndose en uno de los rasgos característicos del llamado 'modelo chileno'. No se trata de un fenómeno coyuntural o decisivamente ligado a un ciclo económico, sino permanente; que cruza recesiones, recuperaciones y expansiones. Plantea además cambios cualitativos, puesto que este modelo ha buscado persistentemente redistribuir los riesgos y peligros que enfrenta de manera tal que fueran los propios trabajadores quienes asumieran gran parte de sus costos que en el anterior patrón de acumulación eran asumidos por el Estado o por los empresarios. Ahora, el trabajador empleado tarda cada vez menos tiempo en ser despedido una vez iniciada una crisis y el trabajador desempleado tarda cada vez más tiempo en ser empleado en las fases de recuperación. Se trata de un flagelo social que afecta especialmente a jóvenes y mujeres trabajadoras.

De acuerdo a Joseph Ramos (2000, pp.132), en Chile se realizan encuestas de ocupación a partir de 1957. Desde entonces y hasta 1974, “la tasa máxima de desempleo había alcanzado dos dígitos solamente una vez, en 1959, y sólo fue por un trimestre”. Esta situación contrasta abiertamente con la vivida a partir del modelo económico que impusiera la dictadura militar en el país. En efecto, según las cifras oficiales del INE la tasa de desempleo promedió un altísimo 10.1% durante el período comprendido entre 1974 y 2006, tal cual queda de manifiesto en el gráfico No 1. Aún más, en 13 años consecutivos de estos treinta y tres años (de 1975 a 1987), la tasa de desempleo no bajó de los dos dígitos y en 1982 alcanzó el récord histórico de 19,6%. Las tasas más bajas, entre 6 y 7%, fueron registradas sólo en 4 años de la década de los noventa.



Sin duda, el problema del desempleo estructural es mucho más grave y extendido de lo que las cifras oficiales del INE sugieren, debido a sus propias deficiencias metodológicas o a lo que evidencian otras encuestas laborales.¹ Tampoco incluyen entre los desempleados, por razones meramente políticas, los empleos creados por los programas de emergencia que han implementado diversos gobiernos por largos años, provocando el mismo efecto de subestimar la tasa de desempleo, tal cual evidencia el cuadro No 1.

¹ Por ejemplo, las cifras oficiales no consideran como desempleados a los trabajadores de tiempo parcial que desean trabajar sobre la base de un tiempo completo ni a aquellas personas que están sin trabajo y que son consideradas por las encuestas como “inactivos” (que supuestamente renuncian a continuar la lucha por un empleo después de un largo tiempo de búsqueda infructuosa). Si se consideraran en la tasa de desempleo estas dos últimas categorías de desempleados, la tasa oficial de desempleo alcanzaría aproximadamente el doble de la tasa actual. A esto se agrega el hecho de que normalmente los datos oficiales se refieren al último trimestre de cada año y no al promedio anual, subestimando así la tasa de desempleo. Un claro ejemplo de ello es el año 2000, donde la tasa de desempleo para el último trimestre es igual a 8,3% mientras que la tasa anual promedió el 9,2%.

Cuadro No. 1. Tasa de Desocupación en Chile, Oficial y Corregida					
(en % anuales)					
Años	Tasa Oficial	Tasa Corregida	Años	Tasa Oficial	Tasa Corregida
1975	15,6	18,0	2003	9,5	11,1
1976	16,7	21,9	2004	10,0	11,3
1977	12,6	18,1	2005	9,2	10,9
1978	14,9	18,9	2006	7,8	9,3
1979	14,2	17,8	2007	7,1	9,6
1980	12,4	17,4			
1981	11,0	15,5			
1982	19,3	25,2			
1983	18,5	27,0			
1984	16,2	20,2			

Fuente: Para el período 1975 - 1984, Centro de Estudios Públicos (2000); para el período 2003-2007, INE-DIPRES

Al respecto, vale la pena recordar que en medio de la crisis de 1975 nació el PEM (Programa de Empleo Mínimo), al que se sumó el POJH (Programa de Ocupación para Jefes de Hogar) en 1982, y ambos se extendieron hasta 1988. Casi 3 millones de trabajadores pasaron por estos programas (2.929.053). Esta dramática experiencia da cuenta de cómo también el Estado es generador y garante de las condiciones del empleo precario que se ha consolidado en nuestro país.

Asimismo, desde 2001 hasta 2006, aunque a menor escala, el Estado ha subsidiado la contratación de entre 55.000 y 65.000 trabajadores por año a través del programa ProEmpleo, para luego aproximarse a los 100.000 trabajadores durante el año 2007.² Su impacto en las cifras de desempleo es evidente, entre 2003 y 2007 la tasa de desocupación corregida alcanzó un 10,44%.

Cabe destacar que la elevada tasa de desempleo se niega a descender de manera significativa, pues su menor registro oficial ocurre en 2007, cuando anotó un promedio anual de 7,1%. Es decir, 10 años después de iniciada la crisis asiática, aun no alcanza el promedio de 6,1% de 1997. Que dicha tasa no lograra en una década retornar a los niveles de entonces revela una inercia estructural del desempleo masivo y un mayor tiempo para que el trabajador desocupado sea empleado.

Como es de suponer, son los trabajadores más pobres quienes sufren los mayores efectos de este elevado desempleo estructural. De acuerdo a la encuesta Casen 2006, en el 10 por ciento de los hogares de mayores ingresos, 74 de cada cien personas entre 15 y 64 años tenían una ocupación, mientras que en el 10 por ciento de menores ingresos sólo la tenían 32 de cada 100.

² Este programa permite a un empleador contratar a una persona por el salario mínimo, 40% del cual le es pagado por el Estado por cuatro meses. Además recibe 50 mil pesos para capacitación del trabajador.

El impacto negativo de esta brecha sobre la igualdad recae principalmente en los jóvenes. Si bien la desocupación juvenil en el segmento 15 y 24 años fue equivalente a 2,6 veces el desempleo nacional entre 1996 y 2006, los jóvenes pertenecientes a hogares del quintil de ingresos más bajos, más que cuadruplican la tasa de desempleo respecto de sus pares de hogares del quintil de ingresos más altos.

Por su parte, para todos los años desde que existen estadísticas laborales por sexo (desde 1986), el desempleo femenino es significativamente mayor que el masculino, como ilustra el gráfico No 1. Sin embargo, la brecha se ha tendido a acortar desde 1998 hasta 2003 (Dirección del Trabajo, 2006, pp. 25). En los años siguientes la situación se revierte. Observando ahora las tasas de desocupación femenina según estrato de ingreso, puede constatarse que “la tasa del primer quintil de mujeres (el de más bajos ingresos) es diez veces superior a la del quinto quintil. Adicionalmente, de acuerdo a algunos autores y a la OIT, “las mujeres permanecen desempleadas por períodos más prolongados que los hombres” (Teresita Selamé, 2004, pp. 57).

No podría finalizarse esta sección sin antes plantear que la masa permanente de desocupados en el país nada tiene que ver con los objetivos del programa elaborado por los ‘Chicago Boys’: “Obtener pleno empleo a través de actividades realmente productivas que contribuyan al desarrollo económico nacional” (El Ladrillo, 1992, pp. 52). Tampoco tiene conexión alguna con el ‘espíritu’ que dio a luz al Plan Laboral de José Piñera. De todas maneras, el desempleo masivo permanente ha cumplido una función ‘vital’ para el desarrollo del modelo neoliberal, cual es haber contribuido a presionar a los trabajadores ocupados a aceptar las nuevas condiciones de flexibilidad y precarización impuestas por el ‘mercado laboral’ (léase empresarios), incluyendo los salarios bajos.

Buscando las causas del desempleo masivo

Desde que se instaló el actual régimen de acumulación, sus administradores políticos –ya sean militares o demócratas ‘progresistas’- culpan a los propios trabajadores de la elevada desocupación. Como en otros casos, las víctimas son responsabilizadas socialmente por su supuesto fracaso recurriendo al ‘concepto’ reaccionario de ‘capital humano’. Argumentan que la insuficiente cualificación, reflejo de la mala calidad de la educación recibida y de una insuficiente capacitación, les impide acceder a la actual demanda creciente de profesionales y técnicos que presentan las empresas.

Sin embargo, un estudio encomendado por el BID para realizar un diagnóstico del desempleo en Chile concluyó que: “son las personas con alta educación y baja experiencia y los hombres adultos con baja educación los que explican la mayor parte del incremento en la tasa de desempleo agregada” producida entre el año

1997 y 2000. “Por el contrario, el cambio en la tasa de desempleo de los hombres y mujeres de baja educación y experiencia apenas contribuyó” (Kevin Cowan y otros, 2004, pp. 10 y 11).

De lo anterior podría inferirse que estamos en presencia no de una ‘escasez’ de ‘capital humano’, sino de un nuevo fenómeno laboral que adquiere cada vez más relevancia: la ‘sobreeducación’. Pero este fenómeno no sólo se manifiesta en los altos niveles de desempleo en los técnicos jóvenes, como sugieren los estudios del BID y del MINEDUC, sino que además en el creciente porcentaje de subempleados que tienen estudios superiores o al menos de educación media y técnica. Es decir, cada vez más trabajadores chilenos desempeñan funciones que no están a la altura de sus calificaciones laborales (subempleo por calificaciones). En este caso es una forma más de desempleo encubierto. El subempleo implica también una desocupación encubierta, cuando en esta categoría entran aquellas personas desocupadas o ‘inactivas’ que realizan ‘pololos’ o trabajos ocasionales.³

Otra explicación neoliberal para el prolongado desempleo en Chile encuentra fundamento en “la sustitución de trabajo por capital”. Esto se debería tanto al alto costo del trabajo (por aumentos de remuneraciones más allá de los incrementos de productividad y por el elevado costo del sistema previsional) como a la disminución del costo del capital como recurso productivo (dada las importaciones baratas de bienes de capital) (El Ladrillo, 1992, pp. 41). Como es lógico, una de las vías de solución a este problema es rebajar el alto costo del trabajo en el país.

Esa tarea se acometió inmediatamente “después de septiembre de 1973 y luego en 1979 se decretaron nuevas disposiciones para la sindicalización y la negociación colectiva con las que se fue configurando la nueva institucionalidad (‘Plan Laboral’), que legitimará hasta el día de hoy la pérdida del poder de negociación de los sindicatos y los trabajadores.⁴ Asimismo, la reforma a la previsión social de 1979 “bajó notoriamente el aporte previsional pagado por los empleadores (de 40% en la década del 60 a menos de 3% en los años 80), y se

³ Para algunos autores el subempleo tiene al mismo tiempo directa relación con la precariedad laboral; ya que en la mayoría de los casos encubre un trabajo no registrado y mal pago, inestable e intermitente, de baja calidad. Dada las dificultades estadísticas que existen en Chile para registrar el subempleo, los estudiosos del ‘mercado del trabajo’ recurren a las cifras entregadas por la OIT o por MIDEPLAN (Encuestas Casen) sobre la ‘informalidad’. “Cabe destacar que las estadísticas del trabajo levantadas en Chile por lo general no permiten registrar el desempleo oculto presente en la población económicamente inactiva (trabajadores desalentados y potencialmente activos) ni las diferentes formas bajo las cuales se manifiesta el subempleo” (Teresita Selamé, 2004, pp. 88).

⁴ Se estimuló más de un sindicato por empresa, la negociación salarial fue reconocida sólo a nivel de empresa –y no de rama- y se permitió la contratación temporal. La afiliación sindical pasó a ser voluntaria, no se reconoció el derecho a huelga en el sector público, se limitó a 60 días la duración de la huelga en el sector privado y no se reactivaron los Tribunales del Trabajo que existían antes de 1973. La ley estableció además la indexación completa a la inflación pasada como base para cualquier negociación salarial.

registró una reducción general de los costos no salariales de la mano de obra” (Patricio Meller, 1996, pp. 190).

Ante una situación en que predomina una baja tasa de sindicalización,⁵ el 73% de los trabajadores percibía menos que el salario medio en 2006. Además, el país vio crecer entre 2000 y 2006 la proporción de trabajadores que obtienen de 1 hasta menos de 2 salarios mínimos, desde un 39,1% a un 47%.

Los trabajadores sindicalizados que negocian colectivamente tampoco han escapado a la precarización salarial. De hecho, el incremento real inicial de las remuneraciones, “materia clave que indica la mejoría real de la situación salarial producto de la negociación”, ha sido inferior al 1% entre 2000 y 2006; mientras que en el periodo 1988-1997 su promedio de menor valor fue de 1,43% (año 1996).⁶ Nótese que el promedio del período 1998-2006 es casi un tercio al registrado entre los años 1987 y 1997, reflejando una brutal caída de los salarios y una dramática pérdida de ‘eficacia’ de la negociación colectiva.

(% promedio anual)			
Años	%	Años	%
1987	1,06	1998	0,96
1988	1,82	1999	0,55
1989	4,06	2000	0,85
1990	3,78	2001	0,64
1991	2,20	2002	0,62
1992	2,59	2003	0,93
1993	2,25	2004	0,76
1994	1,71	2005	0,68
1995	1,68	2006	0,75
1996	1,43		
1997	1,44		
Promedio		Promedio	
Periodo	2,18	Periodo	0,75

Fuente: Dirección del Trabajo

Tres elementos adicionales merecen destacarse al respecto, siendo los dos primeros de la autoría de Jorge Salinero B. (2006). Primero, que tales reajustes “cabe calificarlos de modestos, si se atiende que la negociación se origina predominantemente en medianas y grandes empresas que exhiben una productividad media del trabajo superior a la media nacional” (pp. 114-115).

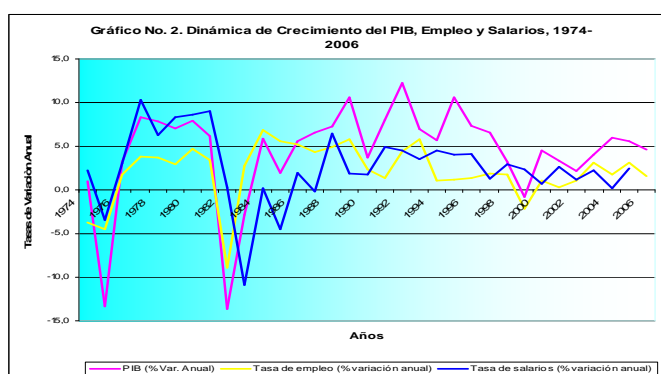
⁵ En estos procesos legales participan apenas un 5,4% del total de trabajadores asalariados del sector privado en 2006, mientras que al inicio de los gobiernos de la Concertación en 1990 lo hacía un 7,6%. Por su parte, la tasa de sindicalización promedio de los ocupados, sin asalariados públicos, fue de sólo 11,0% en 2007 según la Dirección del Trabajo. Esta tasa es muy similar a las registradas en los años anteriores de la presente década, pero muy inferior al 15,1% anotado en 1991. A ello se agrega la reducción del tamaño de los sindicatos a 35 trabajadores como promedio.

⁶ Por reajuste inicial real se entiende el porcentaje de aumento nominal de las remuneraciones que las partes convienen que se otorgue al comienzo de la vigencia del instrumento colectivo deflactado por la variación del índice de Precios al Consumidor (IPC) a contar de la del reajuste obtenido en fecha anterior.

Segundo, “el sindicato obtuvo reajustes reales iniciales promedio superiores a lo que obtuvieron los grupos negociadores en 15 de los 20 años de la serie considerada (1985-2004)” (pp. 114). Por último, y en tercer lugar, las empresas recurren permanentemente a la rebaja de salarios para reducir costos, ya sea para incrementar la competitividad en los mercados internacionales o para contrarrestar las importaciones baratas.

Esto sugiere que la producción para el mercado externo -o interno- de bienes y servicios en nuestro país se hace posible en gran medida porque los salarios reales tienden a crecer por debajo de la productividad del trabajo. Si, por ejemplo, entre 1989 y 2000 la productividad media del trabajo creció en un 61,5%, las remuneraciones lo hicieron sólo en 47,7%. En la presente década, la brecha entre productividad y salarios se ha incrementado en casi 50 puntos entre 2000 y 2007 (Humberto Vega F., 2007).

Esta realidad laboral coloca ‘patas arriba’ a la ideología neoclásica, que no puede ocultar su fracaso explicativo. De acuerdo a Elmar Alvater (1995, pp. 11), “a pesar de todas las diferencias, principios keynesianos y marxistas concuerdan en un punto sustantivo en la respuesta a las cuestiones arriba mencionadas: los mercados no pueden ser enfocados aisladamente, una vez que son estructurados de modo interdependiente y además jerárquico. El desarrollo del mercado del trabajo depende, entonces, del desarrollo de los mercados de bienes y, principalmente, financiero”. El mismo autor nos recuerda que para Marx, “la variable ‘independiente’ es la acumulación de capital, y la ‘dependiente’ el salario y el empleo”. En esta perspectiva, la mera observación del gráfico No 2 permite advertir que las tasas de crecimiento del volumen de producción presentan notables oscilaciones, acompañadas por tasas salariales y de empleo que siguen una trayectoria similar, aunque por debajo de ella para gran parte del período.



Las trayectorias seguidas por las tasas de producción junto a las tasas salariales y de empleo quedan confirmadas por los datos proporcionados por el cuadro No 3, ordenados según las tres fases cíclicas seguidas por el actual régimen de acumulación. Estos datos incluyen, además, la tasa de inversión (formación bruta

de capital), indicador fundamental para valorar la capacidad de acumulación de capital en un país.

Cuadro No. 3. Datos Básicos Según Ciclos Económicos, 1974-2005 (% promedios anuales)					
Periodo	PIB per capita	Tasa de desempleo	Tasa de empleo	Tasa de inversión (*)	Tasa de salarios
1974-1983	0,3	13,2	0,4	15,3	3,4
1984-1997	5,9	8,9	3,9	21,8	2,5
1998-2005	2,2	8,6	1,6	21,9	2,1

Fuente: INE (*) Porcentaje del PIB en pesos corrientes

Debe notarse que tales fases cíclicas estuvieron intermediadas por tres severas crisis con caídas en su nivel de actividad anual (1975, entre 1982-1983 y en 1999). Obviamente, en todas estas contracciones, las únicas que ha enfrentado la economía chilena en los últimos cincuenta años, el empleo y los salarios se han visto fuertemente afectados, pero con el agravante que Chile ha tardado más que otros países en recuperar su crecimiento y los niveles de empleo tras las recesiones. Eso estaría significando que los ajustes de empleo y salarios, promovidos por los empresarios y los gobiernos de cada época, se prolongan más allá de las crisis, con el propósito que la recuperación del producto y del empleo disponga de una vasta oferta de mano de obra de bajo costo. Así ocurrió, por ejemplo, entre 1983 y 1987, cuando en promedio los salarios cayeron anualmente en -2,7%.

En esa misma perspectiva, el cuadro No 3 indica además que los salarios crecieron menos que el PBI per cápita entre 1984 y 1997, ya que cada 1,0% adicional del crecimiento anual del PIB per cápita generó un aumento de sólo 0,42 en el crecimiento anual de los salarios. Esto sugiere que, en general, los salarios medios se han incrementado menos que la productividad y que durante este período disminuyó de manera significativa la proporción del salario en el PIB.

Otro aspecto común que comparten los tres ciclos de acumulación es sin duda la incapacidad de crear el suficiente empleo en relación a la oferta disponible. En la actualidad no se ha podido alcanzar los máximos de 'tasa de empleo' de los años noventa. Fue en 1993 cuando dicha tasa ascendió a un 'peak' de 52,4%; en cambio, a fines de 2007, la tasa de ocupación llega al 51,2%, lo que explica el elevado desempleo y demuestra una menor capacidad del 'modelo económico' para demandar trabajo.

El impacto negativo de esta brecha sobre la equidad y el crecimiento de la economía es enorme, más aún si tiende a ampliarse en el mediano plazo, como de hecho ha venido ocurriendo. Según la encuesta Casen 2006, entre 1996 y 2006 la tasa de ocupación para los mayores de 15 años del decil de menores ingresos cayó en cuatro puntos porcentuales. En cambio, en el decil de mayores ingresos esa tasa subió en cinco puntos porcentuales. Estudios de la OIT revelan

que Chile se ha quedado muy atrás en la tasa de ocupación, puesto que esta variable en los países industrializados llega a 56% de la población que está en edad de trabajar, mientras que el promedio mundial asciende a 62%. Si la tasa de empleo en nuestro país fuese equivalente al promedio de los países de la OCDE, habría alrededor de un millón de empleos adicionales.

Para intentar explicar esta baja tasa de ocupación, el anterior análisis de las tendencias cíclicas y a largo plazo debe necesariamente complementarse con otro sobre las formas que ha asumido el actual régimen de acumulación. Si bien durante el primer ciclo esta inserción será predominantemente comercial y financiera, después de la gran crisis de comienzos de los ochenta se busca reorientar el 'modelo económico' hacia el sector exportador para hacer frente al apremiante servicio de la deuda externa.

Ello llevó a pensar que los sectores 'transables' se convertirían en fuentes importantes de generación de empleo. Sin embargo, más allá de la relativa diversificación ocurrida entre 1986 y 2007, las exportaciones han continuado concentrándose en la explotación de recursos naturales, con una baja generación de empleos. Incluso esta situación se verifica durante la 'edad de oro' del capitalismo chileno, donde a pesar de registrarse significativas tasas de crecimiento del empleo a nivel agregado, en la minería apenas creció en un 0,2% entre 1986 y 1997; mientras que en la agricultura sigue disminuyendo, incluso en términos absolutos, desde 790 mil trabajadores en 1986 a 775 mil en 1997. Correspondientemente, su participación en el empleo total cae para los mismos años, desde el 20% a un 14,4%.⁷ Entre los sectores 'transables', sólo la industria presenta mayores tasas y volúmenes de absorción de empleo, recuperando posiciones en la fuerza de trabajo ocupada total (16%), pero no podrá evitar la caída del conjunto del empleo transable entre 1986 y 1997, desde un 36,2% a un 32%.

Las actividades de la minería y del sector agropecuario coinciden con las principales exportaciones del país y con las ramas que exhiben entre 1987 y 1998 un crecimiento de la productividad superior al promedio de la economía (del 6,1% y 5,5% respectivamente). En contraste, el sector industrial registra modestas tasas para el período (1,3%). Este aumento de la productividad del trabajo es principalmente resultado de la rápida innovación 'racionalizadora' en los procesos tecnológicos, facilitada a su vez tanto por la disponibilidad abundante de crédito como por el abaratamiento de los medios de producción importados.

Lo anterior significa que ahora los principales determinantes del desempleo estructural son endógenos al proceso de acumulación, marcando una clara diferencia con la primera fase 1974-1983. En ese entonces, las causales más

⁷ Aunque el subsector pesca alcanzará notoriedad durante este período, combinando una elevada tasa de crecimiento de su valor agregado con una importante generación de empleos.

relevantes tenían que ver con la lenta acumulación de capital, así como con un alza en las tasas de despidos que supera al leve aumento en la tasa de contratación. Esto último se debió sobre todo a la drástica reducción del empleo público por razones meramente políticas e ideológicas ('Estado mínimo'), tendencia que habría continuado en los años posteriores a la crisis de 1982-1983.⁸

De todas maneras, en el largo plazo el proceso de acumulación muestra tasas de crecimiento que han implicado una mayor extensión de las relaciones salariales hasta niveles históricos. En efecto, entre 1970 y 2008 (trimestre julio-septiembre) los trabajadores asalariados aumentaron desde 1.761.600 a 4.552.900 trabajadores, elevando su participación en el total de la fuerza de trabajo, de 63,7% a 68,9% en igual período. Incluso la propia fuerza de trabajo asalariada presenta cambios significativos, destacándose entre ellas la creciente 'privatización' de sus relaciones, así como el peso cada vez más relevante que adquieren las mujeres trabajadoras.

El shock del desempleo en la crisis actual

Las últimas cifras muestran que la economía chilena está sufriendo con inusitada fuerza los embates de la crisis global. El discurso oficial y sus vaticinios han venido siendo desmentidos uno a uno por los porfiados hechos. Chile no estaba 'blindado', no evitó la recesión y tampoco está saliendo antes que los demás países. En efecto, la economía anotó en junio 2009 una caída anual de 4,0%, la octava consecutiva y el menor registro para el mes desde 1987 según los datos del Banco Central. De esta manera nos encaminamos a una cuarta crisis del patrón de acumulación neoliberal que implica una caída en su nivel de actividad anual.

Ni el histórico aumento del gasto fiscal, ni los drásticos recortes en la tasa de política monetaria han logrado evitar que la economía se siga contrayendo. Y es que el problema no sólo ha venido por una contracción de la demanda externa como supone la mayoría de los economistas del 'establishment', sino por un desplome mucho más fuerte en la demanda doméstica. Hacia fines del año pasado (cuarto trimestre) las caídas más significativas provinieron del consumo privado, la inversión y las existencias, no de las exportaciones. Los datos disponibles para los primeros cinco meses del 2009 dan cuenta de que se habría

⁸ Diversas estimaciones sugieren que esta disminución entre 1973 y 1977 alcanzó a un equivalente de entre 3 y 6% de la fuerza de trabajo (Norberto E. García, 1992, pp. 100). Otra estimación, ahora en términos absolutos, indica que los empleados públicos se redujeron abruptamente de 870.690 a 604.000 entre 1973 y 1976 (Felipe Larraín B y Rodrigo Vergara M, 2000, pp. 76). Pero esta no fue una situación coyuntural; de acuerdo a la Organización Internacional del Trabajo, OIT (1998), el empleo público como porcentaje del empleo total disminuyó desde un 14% en 1986 a un 10% en 1998, para mantenerse estable en alrededor de 9% en los años posteriores (pp. 91).

prolongado la caída de la demanda interna, en particular de la inversión y el consumo privado.

Como ocurrió en las tres ocasiones anteriores, el desempleo masivo es el efecto más serio y dramático de la crisis actual que están sufriendo los trabajadores y trabajadoras del país. Pero ahora hay algo distinto, pues si bien el aumento del desempleo tardó un par de ejercicios en materializarse desde que detonó la crisis en el sudeste asiático en 1997, “en la actual crisis el efecto fue instantáneo y el retroceso en algunas variables fue más intenso en Chile que en Estados Unidos” (Estrategia, 18/05/09).

En ese sentido llama la atención la celeridad con que los empresarios han recurrido a los despidos masivos de trabajadores, casi doblando la cifra en unos pocos meses. La Dirección del Trabajo registró la extraordinaria suma de 790.245 cartas de aviso de despido en el país durante el primer semestre de este año. Como evidencia el cuadro No 4, en abril se alcanzó un máximo de cartas, superando por lejos a los 78.774 despidos de noviembre de 2008. En cuanto a las regiones, como es de suponer, la Metropolitana encabeza el ranking.⁹

Cuadro No. 4. Cartas de Aviso de Despido	
(Primer semestre de 2009)	
Periodo	Numero de Cartas
Enero	134.512
Febrero	110.255
Marzo	142.365
Abril	150.113
Mayo	130.520
Junio	122.480

Fuente: Dirección del Trabajo

Otro punto importante a destacar se refiere a las causales que han esgrimido los empresarios para despedir de acuerdo al Código Laboral. La principal es la aplicación del artículo 159, número 5, que considera la conclusión del trabajo o servicio que dio origen al contrato y que sumó 303.129 cartas. Le sigue el numeral 4 y el inciso primero del artículo 161.¹⁰ Los despidos masivos que se han producido en los últimos meses son el ejemplo más claro de cómo, a los primeros

⁹ Tiene el primer lugar con 338.050 cartas, seguida por la Octava Región, con 99.333, y por la Sexta y la Quinta, con 62.870 y 62.632, respectivamente.

¹⁰ El numeral 4, con 146.311 cartas, es sobre vencimiento del plazo convenido en el contrato. Luego, con 146.311 cartas, se ubica el inciso primero del artículo 161, que se refiere cuando el empleador invoca necesidades de la empresa, establecimiento o servicio, como las derivadas de la racionalización o modernización, bajas en la productividad, cambios en las condiciones del mercado o de la economía. También han significado más de cien mil cartas, específicamente 119.625, el número 3 del artículo 160, sobre causales para finalizar un contrato, sin derecho a indemnización.

síntomas de recesión, los empresarios optan por despedir, sin que los supuestos 'altos costes de despido' (indemnización) representen ningún problema. Las causales esgrimidas evidencian que el mercado de trabajo chileno no es nada rígido y permite con bastante rapidez ajustar plantillas a la medida de las decisiones empresariales. Se puede concluir, que la principal forma de despido en Chile consiste en finalizar la 'obra o servicio' de un contrato temporal o no proceder a su renovación.

Desde fines de 2008 el despido fácil y masivo se ha traducido en un rápido aumento de la desocupación, retomando así una senda ascendente hasta el día de hoy. La tasa de desempleo anotó en junio su sexta alza consecutiva en lo que va del 2009. De acuerdo con el INE (ver cuadro No 5), en el trimestre abril-junio la tasa de desocupación volvió a traspasar la barrera de los dos dígitos al alcanzar un 10,7%, con 782.420 personas sin trabajo. De éstos, 680.000 son cesantes que perdieron su puesto de trabajo y 101.000 buscan trabajo por primera vez.

Cuadro No. 5. Tasa de Desocupación, 2008-2009 (según trimestres)			
Trimestres	Ambos Sexos	Hombres	Mujeres
Enero - Marzo 2008	7,6	6,4	9,6
Abril - Junio 2008	8,4	7,3	10,2
Julio - Septiembre 2008	7,8	6,7	9,5
Octubre - Diciembre 2008	7,5	6,7	8,7
Enero - Marzo 2009	9,2	8,2	10,9
Abril - Junio 2009	10,7	10,3	11,3

Fuente: INE, Encuesta de Empleo

De no ser por los planes de gobierno que aportaron 125.000 empleos en promedio (170.000 en junio), la tasa de desempleo durante este trimestre habría llegado al 13% con más de 870.000 desempleados.

Como es habitual, la población más afectada por el desempleo masivo corresponde a los jóvenes de entre 15 años y 24 años, donde un 24,8% no tiene empleo. Estas cifras son mayores a las del trimestre octubre-diciembre 2008 y están muy por encima del promedio latinoamericano.

La desocupación se ha propagado a nivel nacional, subió en 12 de las 15 regiones, llegando a sus niveles más altos en la IX (14,1%) y la V (12,5%). Precisamente en esta última se ubica la ciudad con el desempleo más alto del país: Valparaíso, donde la desocupación escaló a 17,9%.

Es necesario destacar que esta desocupación está suponiendo destrucción de empleos desde fines del año pasado. Este trimestre es el segundo en presentar una baja en el empleo al registrar un -1,0%, lo que equivale a (96.830) empleos menos en comparación a igual trimestre del 2008. Las dos únicas ramas de la

economía que presentan signos positivos son el sector servicios financieros y, sobre todo, servicios comunales, sociales y personales, como se ve en el cuadro No 6.

Cuadro No. 6. Ocupados por Rama de Actividad Económica (en % y en miles de personas)						
Rama de Actividad Económica	Trimestre Enero - Marzo 2009			Trimestre Abril - Junio 2009		
	Total de Trabajadores (miles)	% del total	Variación anual (%)	Total de Trabajadores (miles)	% del total	Variación anual (%)
Agricultura, caza, pesca	788,9	11,9	-6,2	698,71	10,7	-2,8
Minas y canteras	96,0	1,5	4,0	92,45	1,4	-10,1
Industria manufacturera	851,4	12,9	-0,6	854,57	13,2	-2,1
Electricidad, gas y agua	36,0	0,5	-8,4	33,57	0,5	-16,0
Construcción	566,6	8,6	-3,6	545,50	8,4	-4,8
Comercio	1.303,7	19,7	-0,9	1.305,75	20,0	-1,1
Transporte, almacenaje y comunicaciones	589,5	8,9	2,2	537,87	8,3	-6,5
Servicios financieros	606,6	9,2	3,9	627,55	9,6	3,4
Servicios comunales, sociales y personales	1.768,8	26,8	1,4	1.818,31	27,9	2,6
Total	6.607,5	100,0	-0,5	6.514,3	100,0	-1,0

Fuente: INE, Encuesta de Empleo

El crecimiento de la fuerza de trabajo del sector financiero no presenta mayor sorpresa, pues confirma una variación de 38,9% entre 1997 y 2007, siendo por lejos la más elevada de todos los sectores económicos. Durante este período se incorporaron a la actividad financiera miles de mujeres, por lo que su participación sobrepasó el 50% de los empleados en este rubro. Los trabajadores de este sector constituyen en 2007 un 8,0%. Cabe advertir que los datos entregados para la rama de Intermediación financiera no expresan la trayectoria seguida por el empleo del sector bancario, que ha tendido más bien al estancamiento en el largo plazo.

El aumento del empleo en la rama Servicios comunales, sociales y personales tampoco causa sorpresa, pues consolida el avance exhibido en las dos décadas precedentes. Debe subrayarse que esta es la única rama donde la mayoría de los trabajadores son mujeres, se trata por tanto de una 'rama feminizada'. Además, este es uno de los sectores que pareciera condensar la 'racionalidad' neoliberal en términos de mostrar la incapacidad de este modelo para absorber 'formalmente' al conjunto de la fuerza de trabajo. Dicho de otra forma, el empleo en el sector informal ha contribuido a generar la mayor parte del empleo adicional de los últimos decenios.¹¹

¹¹ De acuerdo a los registros de la OIT, el trabajo informal en nuestro país nunca bajó del 30% durante el período 1974-2005. Incluso más, después de una importante alza en 1990 con respecto a 1986 (en los inicios del 'boom económico'), la informalidad no ha bajado del 35%. Esto estaría indicando que la otra cara de la reducción en las tasas de desempleo estructural durante la expansión de los años noventa, es el incremento en los niveles del empleo informal.

En contraste a las dos ramas analizadas, los sectores transables continúan exhibiendo tasas negativas tanto en términos de variación anual como de variación con respecto al trimestre anterior, por lo que su participación en el total de ocupados sigue cayendo, desde un 26,3% a un 25,3% (ver cuadro No 6). Con esto se confirma la tendencia secular a la disminución de la importancia relativa e incluso absoluta del empleo transable que muestra este modelo. Ya entre los años 2003 y 2007 su porcentaje de participación había disminuido en 2,5 puntos a favor del empleo no transable, a pesar que en esos momentos la economía chilena batía sucesivos récords históricos en sus niveles de exportaciones y sus vínculos con la economía mundial en el ámbito de las inversiones iban en aumento.¹²

Existiría consenso entre los analistas que una de las explicaciones sobre el pobre desempeño exhibido por el empleo 'transable' es la llamada 'enfermedad holandesa', que resulta ser una restricción especialmente seria para los flujos comerciales sostenibles. Específicamente, el enorme shock de los términos del intercambio que hemos vivido desde 2003 y que alcanzó su máximo a mediados de 2008, más el auge de flujos de capitales cuantiosos y volátiles, provocó una entrada masiva de dólares que terminó apreciando aún más la moneda en el país (abaratando el dólar). Esta situación se ha visto agravada por la crisis global, debido a las decisiones de la Reserva Federal de Estados Unidos de rebajar la tasa de interés, lo que ha 'desviado' más capitales foráneos a nuestros países para aprovecharse de las diferenciales de tasas de interés: aquí son más altos que en el país del Norte.

Esta acentuada incapacidad del régimen de acumulación neoliberal de generar empleo en momentos de crisis, especialmente de su sector transable, llevará a que la tasa de ocupación (la razón entre empleo y la población total en edad de trabajar) vuelva a retroceder sin haber alcanzado en su mejor momento (52,1% en 2008) la cifra máxima de 52,4% de 1993. Hoy, al trimestre abril-junio, se sitúa en apenas un 50,0%, revelando el profundo problema en la generación de puestos de trabajo que trasciende a esta coyuntura económica adversa.

¹² De compararse el trimestre marzo-mayo 2008 con el último trimestre de 1997, cuando la economía ascendía a su punto más alto de expansión, resulta sorprende comprobar que los trabajadores transables de ese entonces superaban en 6.680 trabajadores a los del trimestre marzo-mayo 2008, a pesar que la cantidad total de ocupados se ha elevado en más de 1 millón 200 mil trabajadores desde 1997.

Cuadro No. 7. Tasa de Participación y Tasa de Ocupación, 2008-2009 (en porcentajes)		
Trimestres	Tasa de Participación	Tasa de Ocupación
Enero - Marzo 2008	56,2	52,0
Abril - Junio 2008	56,0	51,4
Julio - Septiembre 2008	55,6	51,3
Octubre - Diciembre 2008	56,3	52,1
Enero - Marzo 2009	56,0	50,9
Abril - Junio 2009	56,0	50,0

Fuente: INE, Encuesta de Empleo

Claro que no se trata de una crisis cíclica más, el escenario laboral que enfrentamos puede ser parecido al de la crisis asiática, con una significativa destrucción de empleos y con la tasa de ocupación cayendo. Pero hay una diferencia notable, esa crisis y la consiguiente concentración y centralización del capital ocasionaron un daño profundo que las cifras macroeconómicas no recogen: se puso en jaque a las pequeñas y medianas empresas, afectando hasta ahora la creación de plazas laborales. De esta situación puede desprenderse que la elevada tasa de desocupación presente podría mantenerse por largo tiempo, por lo que sería más pertinente hablar de 'Pleno Desempleo'.

Asimismo, esta 'crisis del empleo' no se limita a un problema cuantitativo, la incapacidad de generar más puestos de trabajo, como pudiera desprenderse de la tasa de ocupación, sino además hace referencia a la calidad del poco empleo creado. Al considerar los ocupados según categorías durante el trimestre en análisis, queda en evidencia que "en doce meses el empleo se redujo en todas las categorías, excepto en Cuenta Propia, que registró la mayor variación desde mediados del año 2005". Así, "con un aumento en doce meses de 11,3% en el trabajo por cuenta propia, sobre todo en la rama de servicios comunales, sociales y personales, las mujeres atenuaron la baja de la ocupación", confirmando lo dicho anteriormente. "Además el empleo asalariado registró la mayor disminución en doce meses, desde mediados de 1999" (INE, 2009), siendo la categoría de mayor incidencia negativa.

A ello se agrega el hecho de que el desempleo masivo no ha respetado al 'capital humano' en estos momentos de crisis. De acuerdo a información proporcionada por el INE (2009), para hombres y mujeres, "quienes tienen 12 años de escolaridad concentraron la mayor parte de los desocupados (40,9%), seguido de quienes tienen entre 8 y 11 años de educación (25,4%) y entre 13 y 16 años (14,7%)".

El aumento tanto del empleo en Cuenta Propia como del desempleo de sectores con suficientes años de escolaridad, pareciera ratificar la apreciación de que el

régimen de acumulación en desarrollo, dada su integración dependiente a la mundialización del capital, sigue demandando mayoritariamente trabajo descualificado o de baja cualificación, aunque en menores cantidades.

Finalmente, también es conveniente destacar que del total de desocupados (782.420) en el presente trimestre, el 12,1% de ellos (94.770 personas) lleva más de 45 semanas intentando buscar un empleo. Este número de personas es ligeramente superior a los 91.905 que estaban en igual situación en el trimestre móvil diciembre 2008-febrero 2009. Este 'núcleo duro' de desocupados que lleva buscando trabajo por largas semanas es otro indicador del desempleo estructural.

El agravamiento de este desempleo estructural durante este período de crisis se manifiesta no sólo en la permanencia de un número importante de desocupados en ese estado, sino además en que a las personas sin empleo les lleva en general más tiempo en buscar trabajo. De hecho, en este último trimestre el número de semanas promedio de búsqueda de empleo para el total de desocupados fue de 19,6 semanas. En particular, para los cesantes fue de 18,9 y para quienes buscan trabajo por primera vez, 24,4 semanas promedio (INE, 2009).

A medida que se desciende en la escala de ingresos, el impacto de los problemas de empleo es mayor. Su gravedad aumenta si se consideran las precarias condiciones en que trabajan los ocupados, lo que hace que los programas asistenciales vinculados al empleo que han venido multiplicándose en el país, sobre todo en estos momentos de crisis –Plan de enero, los programas de empleos fiscales y el Acuerdo nacional-, sean insuficientes (e incluso improcedentes) para dar cuenta de ello.

Conclusión

Aunque las cifras publicadas mensualmente por el INE en lo que va del año están en línea con lo que se esperaba, es preocupante la tendencia alcista que continúa exhibiendo la tasa de desempleo, más todavía si sobrepasa los dos dígitos. Más allá del alcance que en sí mismo tienen las estadísticas laborales y sus manipulaciones, tres aspectos específicos causan especial preocupación.

El primero es la constatación de que el empeoramiento del desempleo masivo es parte de una crisis profunda, la cuarta de este régimen de acumulación neoliberal que en el curso de los últimos treinta y cinco años ha dejado en evidencia que la expansión del empleo y el trabajo asalariado no alcanza a cubrir al conjunto de la fuerza laboral, ni en sus mejores momentos. Es decir, este régimen de acumulación con bajas tasas de ocupación ha mostrado ser incapaz de crear el suficiente empleo productivo y asalariado en relación a la oferta disponible, que de por sí se ha visto reducida relativamente dado el bajo crecimiento demográfico y la salida al exterior de fuerza de trabajo en determinados períodos.

Esta insuficiencia, inherente al 'modelo económico', resulta en elevados niveles de subutilización de la fuerza laboral bajo diversas formas, sean éstas por desocupación masiva permanente o por incremento del subempleo y la precarización del trabajo. Todas estas características estructurales se han llegado a 'naturalizar' a tal punto, que el Banco Central estableció recientemente la tasa 'natural de desempleo' entre 7,5% y 8%, equivalente hoy a cerca de 580.000 trabajadores desocupados. Eso ya no es ni siquiera precariedad, sino es simplemente condenar a la exclusión y a la miseria a todos esos trabajadores.

El segundo aspecto preocupante, está relacionado con el retroceso del trabajo como valor social y la incapacidad para utilizar otro cálculo económico que el fundado en el costo del trabajo. Esta es la razón por la que el capitalismo chileno se ha puesto a funcionar de forma regresiva, sin comprender que más allá de las frías estadísticas de los costos laborales se encuentran los trabajadores o trabajadoras cesantes, con la impotencia de sentirse excluidos, expuestos a la depresión, desesperación y resentimiento, a la fractura familiar, a la falta de respeto de los demás y a la pérdida de la propia autoestima. A ello se suma la necesidad que tienen los otros miembros de la familia -incluso menores de edad- de buscar empleo cuando el (la) jefe (a) del hogar queda cesante. Estos problemas se agudizan cuando se alarga la duración de la cesantía o del desempleo, sobre todo en tiempos de crisis y recuperación económica. La obsesión por reducir los costos laborales es uno de los rasgos característicos y una de las herencias más penosas del régimen económico impuesto en tiempos de dictadura.

El tercer antecedente preocupante se refiere a la respuesta 'circular' (ante la crisis de la liberalización del mercado laboral es necesaria más liberalización) que promueve el pensamiento liberal fundamentalista y que se expresó en su momento en la denominada 'agenda pro-crecimiento' de los grandes empresarios. Repiten hasta el cansancio que la indemnización por años de servicios (hasta un tope de 11 meses) encarece el despido y obstaculiza la contratación de nuevos trabajadores; que el salario mínimo en Chile es uno de los más altos del mundo, elevando los costos laborales e impidiendo la contratación de jóvenes y de trabajadores con escaso 'capital humano'; la normativa sobre la jornada laboral es muy rígida, lo que perjudica la adaptabilidad de las empresas; la rotación laboral es muy baja, perjudicando el aumento del esfuerzo productivo por la amenaza del despido; los acuerdos colectivos impiden la emergencia de acuerdos individuales entre empleado y empleador que tengan en cuenta la situación particular de cada empresa, etc.

Como solución demandan un aumento significativo de la flexibilidad laboral, no por la vía de un acuerdo social y político, sino por la dictación de una nueva legislación flexibilizadora en diversas materias como las señaladas: eliminación de las indemnizaciones por años de servicios, congelamiento del salario mínimo, anualización de la jornada en los contratos individuales, etc. Los fundamentalistas criollos que hacen estas propuestas no saben de (auto)crítica, no admiten ninguna responsabilidad en las cuatro crisis que ha sufrido la sociedad chilena en tiempos

neoliberales ni los cambios de la realidad que nos hablan de un mercado laboral altamente flexible.¹³

Tampoco quieren enterarse del persistente debilitamiento que aqueja al pensamiento liberal fundamentalista a nivel mundial. No quieren entender que no hay productividad más baja que la de una masa de desocupados o subocupados, ni que este flagelo implica menos bienestar para las personas y menos capacidad de demanda para el conjunto de la economía, especialmente en momentos de crisis. Igualmente, no aceptan que los permanentes salarios bajos no garantizan la competitividad empresarial. Ni que el empleo actúa como intermediario de los derechos sociales, y su carencia o precariedad significa pérdida de esos derechos y deterioro de los lazos de sociabilidad imprescindibles para mantener la integración social.¹⁴ Estos principios orientadores deberían ser incorporados en una nueva estrategia de desarrollo para el país que tenga como una de sus principales preocupaciones el tema del trabajo y la superación del desempleo estructural. Claro que en lo inmediato los esfuerzos deben centrarse en aumentar la tasa de sindicalización, promover mecanismos para fortalecer la negociación colectiva y aumentar los salarios (incluyendo el mínimo).

Claudio Lara Cortés¹⁵

Santiago, agosto de 2009.

¹³ De acuerdo a estadísticas del seguro de cesantía (2002 - 2006), con cerca de 4.000.000 de trabajadores/as afiliadas, la duración media de los nuevos contratos bordea los cuatro meses, dando cuenta de una gran inestabilidad y de una altísima rotación en los empleos.

¹⁴ Gran parte de estas ideas están tomadas de Rubén Lo Vuolo (2003), pp. 270-271.

¹⁵ Economista. Escuela Latinoamericana de Estudios de Postgrado y Políticas Públicas, Universidad ARCIS. Investigador de CLACSO. Miembro de la Junta Directiva de la Sociedad Latinoamericana de Economía Política y Pensamiento Crítico (SEPLA). Director de la Revista Economía Crítica y Desarrollo.

Bibliografía

Alvater, Elmar (1995). Sociedad y Trabajo. Conceptos en cuestión, sujetos históricos – mito y realidad. En Revista Cuadernos del Sur No 19. Buenos Aires, Argentina.

Banco Central de Chile (2006): Cuentas Nacionales de Chile, 1996-2005. Santiago de Chile.

Cowan, Kevin; Micco, Alejandro; Mizala, Alejandra; Pagés Carmen; Romaguera, Pilar (2004): Un Diagnóstico del Desempleo en Chile. Serie de Estudios Económicos y Sociales, Agosto. Banco Interamericano del Desarrollo.

DIPRES (2006). Estadísticas de Recursos Humanos del Sector Público 1996 – 2005. Ministerio de Hacienda. Diciembre. Santiago de Chile.

Dirección del Trabajo (2006). Mujer y Trabajo. Compendio de Estadísticas según sexo. Aportes al Debate Laboral, No 18. Santiago de Chile.

“El Ladrillo”. Bases de la Política Económica del Gobierno Militar Chileno (1992). Centro de Estudios Públicos. Texto original de 1973. Santiago de Chile.

Henríquez, Helia; Riquelme, Verónica; Galvez, Thelma (2006). Lejos del Trabajo Decente: El Empleo Desprotegido en Chile. Cuaderno de Investigación No. 30. Departamento de Estudios. Dirección del Trabajo. Santiago de Chile.

Instituto Nacional de Estadísticas-INE (Varios años). Encuesta Nacional de Empleo. Serie Estadística. Santiago de Chile.

Instituto Nacional de Estadísticas-INE (Varios Años). Censo de Población. Serie Estadística. Chile. Santiago de Chile.

Instituto Nacional de Estadísticas-INE (2009). Indicadores Mensuales. Empleo Trimestral. Edición No 129, 30 de julio. Santiago de Chile.

Larraín, Felipe y Vergara, Rodrigo (2000). “Chile en Pos del Desarrollo: 25 Años de Transformaciones Económicas”. En Varios Editores: La Transformación Económica de Chile. Centro de Estudios Públicos. Santiago de Chile.

Lo Vuolo, Rubén M. (2003). Estrategia Económica para la Argentina. Propuestas. Siglo Veintiuno Editores y Fundación OSDE. Buenos Aires, Argentina.

Meller, Patricio (1996). Un Siglo de Economía Política Chilena (1890-1990). Editorial Andrés Bello. Santiago de Chile.

MIDEPLAN (Varios Años). Encuesta CASEN. Serie Estadística. Santiago de Chile.

Organización Internacional del Trabajo, OIT (1998). Chile, crecimiento, empleo y el desafío de la justicia social. Santiago de Chile.

Piñera, José (1990). La Revolución Laboral en Chile. Empresa Editora Zig-Zag. Santiago de Chile.

Ramos, Joseph (2000). "Políticas de Empleo: Una Agenda de Acción". En Revista Controversias y Consensos, Año 4, No. 3. Enero. Cochabamba, Bolivia.

Salinero B., Jorge (2006). Veinte Años de Afiliación Sindical y Negociación Colectiva en Chile: Problemas y desafíos. Cuaderno de Investigación No 29. Departamento de Estudios Dirección del Trabajo. Santiago de Chile.

Selamé, Teresita (2004). Mujeres, Brechas de Equidad y Mercado de Trabajo - Chile. OIT – PNUD. Santiago de Chile.

Vega Fernández, Humberto (2007). En Vez de la Injusticia. Un camino para el desarrollo de Chile en el siglo XXI. Ramdon House Mondadori. Santiago de Chile.